

Tu mano terrible mi sangre inocente
Vertió que tu frente llegó á salpicar;
Mas Dios, por mis ruegos, tu crimen olvida,
Si guardas tu vida tal mancha á lavar.

De tu hijo inocente que dejo en el mundo,
Con celo profundo vigila, Miguel,
Sus pasos primeros haz marque en la senda
Do al Dios nunca ofenda que vela por él.

Y vos, fiel ministro de un Ser de clemencia,
Que tanta inclemencia llegasteis á ver,
Guardad de este caso secreto profundo,
Y nadie en el mundo lo llegue á saber.”

Aquí de escucharse dejóse el acento:
Miguel sin aliento llegóse á quedar,
Y pálida, horrible, su faz se veía,
Que en su alma sentia terrible pesar.

„¡Dios mio! al fin dijo: piedad! la he matado
Creyendo manchado mi lecho nupcial:
Piedad, Dios piadoso, piedad del que ciego,
No oyendo su ruego, dió el golpe fatal.”

Y aquesto diciendo de llanto anegóse
Y á los pies echóse del fiel confesor;
Y todas sus culpas contole rendido,
Sin dar al olvido su impúdico amor.

El padre absolvióle despues que le oyera;
Y al punto ácia afuera salieron los dos,
Despues que el secreto juró guardaria
El padre que habia servido ya á Dios.



SEGUNDA PARTE.

EL AMANTE Y EL CONFESOR.

Desde aqui habeis de volveros,
No habeis de pasar de aqui.
P. Calderon de la Barca.

I.

Seis meses han transcurrido
Desde aquella noche oscura,
En que á la infeliz María
Abrió Don Miguel la tumba.
Seis meses que Laura bella
No tiene noticia alguna
De su idolatrada hermana,
Por quien á todos pregunta;
Y solo en su pena amarga
Encuentra grata dulzura,
En Don Juan su tierno amante,

Que la consuela en sus dudas.
Tempestuosa está la noche:
No hay en el cielo ninguna
Estrella clara que brille
Rielando en la laguna.
Todo es sombras. Negras nubes
Veloces y tristes cruzan
Por los cielos; y la tierra
Con su lobreguez enlutan.
Pero aun el agua no cae
Que las ciudades inunda,
Aunque el trueno y el relámpago
El fin de la calma anuncian.
Escribiendo y meditando,
En un cuarto, al cual alumbra
Una vela blanca y gruesa,
Un hombre está, de estatura
Mediana, de rostro hermoso,
Y de complexión robusta.
Largo rato hace que escribe,
Y de posición no muda.
Por más que en una ventana,
Que tiene enfrente, reluzca
La luz del rojo relámpago
Y se azote cruel la lluvia.
Mas al fin á un leve golpe
Dado en la puerta, la pluma
Dejó caer de la mano,
Viendo entrar, por su ventura,
Por ella á Laura, radiante
De gracias y de hermosura,
De un criado acompañada

Con cuya honradez se escuda.
Quedóse por un momento,
Don Juan, cual fría escultura,
Sin movimiento, cual hombre
Que, de lo que mira, duda.
Pero cerciorado al cabo
De que es Laura quien le busca,
Haciéndola se sentara,
Hablóla así con dulzura,
Con el galante lenguaje
Que entonces se usó, y no se usa.

Juan.—Mi Laura, nunca creía

Que después de ausente el sol,
Con más luciente arrebol
Brillara otro nuevo día;
Mas pues el cielo en tí envía
Sol á Sol, por mi placer,
Debo sin duda creer,
Que del día á la luz pura,
No sigue la noche oscura
Si á tí se te llega á ver.

Pero sepa yo de tí,
A qué le debo el consuelo
De ver que la luz del cielo,
Bajando de él venga á aquí,
Que como hasta ahora viví
Entre sombras, sin cesar,
Creo que llego á soñar
Una ventura ilusoria,

Pues de la tierra á la gloria
Hoy me veo transportar.

Laura.—Don Juan, ese mismo sol,
Cuya luz tanto te admira,
Al redor de su eje jira
Mandándole su arbol;
Y si el luciente farol
Soy, cuyo fuego fecundo
Da vida y salud al mundo,
No esperes de tí me aleje,
Cuando á ser vienes tú el eje
En quien mi existencia fundo.

Por eso vengo ahora á aquí;
Y porque en mi amarga pena
A que el cielo me condena,
Quiero hallar consuelo en tí.
Ya no hay placer para mí
Desde que se fué María,
Sino cuando el alma mia
Escucha tu dulce acento,
Que calmar sabe el tormento
Que sufro de noche y dia.

Juan.—¿Y Don Miguel nada dice
De su vuelta, Laura hermosa?

Laura.—No: su conducta es odiosa
Y mis preguntas maldice.
¡Oh! tal vez á la infelice
La condena á padecer,
Mientras con otra muger

Vive en indignos amores,
De su esposa los dolores
Y las lágrimas sin ver.

Juan.—Y tú que te has empeñado,
Hasta que no vuelva á aquí,
El no unirme, Laura, á mí.

Laura.—Y tú, Juan, ¿nada has llegado
A saber de ese malvado?

Juan.—Nada; que es hombre, Miguel
Reservado.

Laura.— Sí; y cruel;
No se si mi pecho acierta,
Mas yo la he soñado muerta
A mi hermana tierna y fiel.

Muerta, sí; y abierto el pecho
Con honda y terrible herida;
En sangre pura teñida
Y con el seno deshecho;
En un atahúd estrecho,
Sin cubrirlo, colocada;
De flores mil circundada
Y fijos en mí los ojos:
Pálidos sus lábios rojos
Y de ángeles rodeada.

Y desde entonces estoy
Sin quietud dulce y sin calma,
Llevando dentro del alma
Este afan do quier que voy.
Y por eso desde hoy

He empezado á preguntar
A todos, sin exceptuar
En Bilbao persona alguna,
Por ella, por ver si una
Razon de ella llega á dar.

Y vengo á que tú tambien
Empieces desde mañana,
A indagar do está mi hermana
Para que razon te den.
A esto he venido, mi bien;
Y si anhelas que tu esposa
Sea, no perdones cosa
Por saber do está Maria,
Porque en ese mismo dia
Serás mio, y yo dichosa.

Juan.—Laura, mira este papel
Que escribia en este instante,
Donde á un amigo constante
Le pido noticia fiel,
De si es cierto que Miguel,
Por nuestra felice estrella,
Llevó á allá á su esposa bella,
Cual dice; y que en Barcelona
No deje ni á una persona
Sin preguntar ya por ella.

Laura.—Ya yo esperaba de tí
Tan noble procedimiento,
Pues no pierdes ni un momento
Para complacerme á mí;
Mas, ¡ah! mucho temo, sí,

Que mi sueño, tan fatal,
Se realice, por mi mal;
Y que venga nuestro amor
A entristecer el dolor
De una noticia infernal.

Y sin que le diera tiempo
A replicar cosa alguna,
Salió Laura de la estancia
A la calle, asaz oscura,
Que á recibir empezaba
Ya algunas gotas de lluvia.
Quedó don Juan un momento
Sin saber á donde acuda,
Si á escribir ó á acompañar
A la que era su ventura.
Pero al fin volvió á sentarse
Junto á la vela que alumbra,
Y nuevamente á cojer
Su blanca cortada pluma.
Laura en tanto á toda prisa,
Rasgando las sombras húmedas,
Se acercaba ácia su casa
Llena de triste amargura,
Pensando en su amada hermana
A quien no verá ya nunca.

Pero volvamos á la noche impia,
En que á su hermosa y celestial María
Don Miguel la matara,

Y la voz escuchara
Dulce que revelaba su inocencia,
Cuando de Dios volara á la presencia.—
No bien hubo dejado
Al sacerdote en casa, destrozado
El pecho de dolor y pena insana,
Cuando á ver á doña Ana
Corrió triste, abatido,
El corazon herido
Por el remordimiento
De haber dado á su esposa fin sangriento.
Miróle, sorprendida,
Aquella muger falsa y fementida,
Llegar de tal manera;
Pálida cual la cera
Su faz y ensangrentada,
Furiosa la mirada,
El cabello herizado,
Y el vestido en desorden y manchado.
Por la sangre inocente
Que su mano verter hizo inclemente.
—¿Qué tienes, amor mio?
Preguntóle, doña Ana, mi albedrio
Es hacer tu ventura;
Tú lo sabes, Miguel; y mi ternura
Conocer solo anhela
El dolor que te abate y te desvela
Para calmar tu bárbaro quebranto.
¿Qué tienes, dí, mi encanto?
¿Acaso han sorprendido
Que á tú Maria infiel la has, noble, herido
Para lavar tu afrenta?

¿O aun vive, y se acrecienta
Mas tu piedad ahora,
Acia la que traidora
De tu afan se reia,
Y á otro su impuro corazon vendia?
—No, no: de su ecsistencia
Yo la privé con bárbara inclemencia...
¿No ves enrojecidas
Mis manos, y teñidas
En sangre pura de su blanco seno,
Que de maldad vivió por siempre ageno?
¿No ves sobre mi frente
La maldicion del Padre Omnipotente
Para siempre esculpida?...
¿No la ves á ella herida,
De mis ojos delante,
El pecho palpitante,
De asesino acusarme y de perjuró?...
¡Dejad, dejadme huir... mi amor impuro
Ofende al Ser Eterno!...
¡Tu amor, doña Ana, me lanzó al infierno!...
—Perdono tu delirio
Y el bárbaro martirio
Que tus fieras palabras me han causado.
Yo que siempre te he amado
Cual ninguna muger amó en el mundo:
Yo que al delito inmundo
Me arrojé de tu acento seducida:
Yo que hubiera la vida
Dado por complacerte solamente:
Yo que llevo en la frente
Escrita, por tu amor, fatal deshonrra:

Yo que te dí mi honra,
 Que es cuanto puede dar la que ha nacido
 Noble, solo he debido
 En premio recibir baldon tamaño,
 Y tan terrible y crudo desengaño.
 Y esto diciendo, lágrimas sin cuento
 Empezó á derramar en el momento
 La pérdida doña Ana, dolor fuerte,
 Fingiendo mas cruel aun que la muerte.
 Asustóse esto viendo,
 Don Miguel ya creyendo,
 Que iba á espirar de su alma el dulce encanto;
 Y para consolarla en su quebranto,
 Estrechóla al instante
 Contra su pecho amante,
 Diciéndola palabras de ternura
 Que calmáran su pena y amargura.
 —Perdóname, alma mia;
 Abrazándola tierno la decia:
 Perdona, yo te adoro:
 Te ofendí sin querer: detén tu lloro.
 Fatal remordimiento,
 Me asaltó en el momento
 En que manchada en sangre ví mi mano.
 Mas fué un delirio insano,
 Lo conozco ahora, sí: lo que creyera
 Que la voz de ella era
 Cuando ya no ecsistia,
 Fué aquella que forjó mi fantasía.
 Mas ya mi pecho goza dulce calma;
 Y en amarte mi alma
 Tan solo piensa, reina de mi vida.

Mi ofensa, pues, olvida;
 Y desde este momento,
 No se escuche otro acento
 Que el del amor que causa mi ventura
 Y que arroja del pecbo la amargura.
 —Miguel, con tus palabras
 En el mundo mi gloria eterna labras.
 ¡Ah! cuán dulce á quien ama
 Con ardorosa inestinguible llama,
 Es el oír rendida
 Tiernos conceptos que le dan la vida!—
 Miguel, enternecido,
 Dando al punto al olvido
 El recuerdo y palabras de su esposa,
 Con pasion ardorosa,
 Contestó delirante,
 Así á Doña Ana, su querida amante.
 —Muger, tú eres mi vida y mi consuelo,
 Tú eres mi ángel, mi cielo,
 Mi encanto, mi tesoro,
 Y el bien mayor que sin cesar adoro.
 Por ti desprecio el mundo
 Y el recuerdo profundo
 Que atormentó mi alma.
 Desde hoy nada mi calma
 A turbar llegará: crédito alguno
 No he de dar á ninguno
 De esos seres fantásticos, sin nombre,
 Que la mente á formar llega del hombre.
 Porque todo es mentira,
 Falsedad conque el alma fiel delira.
 Solo creo en tu amor y tu hermosura,

Y en la feliz ventura
 Que á tu lado á gozar voy, vida mia.
 Y no bien acabó su lengua impía
 Estas palabras de decir fatales,
 Terribles é infernales,
 Cuando corrió á abrazarla,
 Contra su corazon para estrecharla.
 Mas detuvo su paso de repente:
 Cubrióse de sudor frio su frente
 Al ver cerca y delante de sus ojos,
 Con los vestidos rojos,
 De sangre aun fresca y pura,
 A su esposa infeliz y sin ventura,
 Herido el blanco pecho
 Que él desgarrara en su fatal despecho.
 Dió un paso atras al punto,
 Pálido el rostro como el de un difunto:
 Tentóse el cuerpo apresuradamente:
 Fijó su vista ardiente
 En todas partes, con delirio insano:
 Al corazon su mano
 Llevó para saber si aun le latía;
 Y en tan triste agonía,
 Y en tan terrible empeño,
 Si era verdad dudaba ó si era un sueño
 Cuanto allí le pasaba
 Y cuanto con sus ojos él miraba.
 —Miguel, ¿qué te detiene?
 Tu corazon ¿qué tiene
 Que así en tu faz retrata el duro espanto
 Que sufre y el quebranto?
 Doña Ana le decia,

Porque ella no veia
 La vision que á los ojos de su amante
 Se presentaba en tan terrible instante.
 Mas Don Miguel, en vez de contestarla,
 Ni aun se atrevió á mirarla;
 Que apartar de María
 Su vista no podia,
 Pues á verla obligado
 Parecia se hallaba condenado.
 Al fin la sombra leve,
 Ante la que no mueve
 Don Miguel, sorprendido,
 Ni una mano atrevido,
 Se fué desvaneciendo,
 Poco á poco perdiendo
 De la bella María
 La forma que tenia,
 Derramando en la estancia
 Una dulce fragancia,
 Que el alma adormecia
 Y en ella dulce languidez vertia.
 Y al perderse en el viento,
 Oyó su grato acento,
 Y estas palabras que á aumentar su espanto
 Fueron y su quebranto.
 —„Jamás inutilmente
 Manda el Omnipotente,
 Desde el inmenso cielo,
 Sus avisos al suelo.
 Miguel, no es, no, mentira,
 Cuanto ves, ni delira
 Tu alma con un sueño.

Que en apartar de tí tuviste empeño.
Es la que fué tu esposa
Quien te habla y que dichosa
Mora en la mansion santa
Al lado de la Virgen sacrosanta.
No des, pues, al olvido
Tu crime cometido,
Y lavarle procura
Para alcanzar la gloria y la ventura,
Que esto, con santo anhelo,
Por mí te pide el Hacedor del cielo.
Calló la voz, y al punto de rodillas
Cayó, admirando tantas maravillas,
Don Miguel sorprendido
Y á Dios tierna oracion hizo rendido,
Dulce lloro vertiendo,
El perdon de sus culpas le pidiendo.
Doña Ana que no habia
Las palabras oído de Maria,
Creyó que era delirio de su amante.
Cuanto hacia y hablaba en tal instante.
Por lo que interrumpirle
No quiso en nada ni contradecirle,
Esperando pasara
El delirio fatal que le turbara.

Mas pasan muchos dias
Y en don Miguel no calma
Aquel afan del alma
Que turba su razon;
Pues siempre ve delante

La faz de su Maria,
Que oprime noche y dia
Su triste corazon.

Y sufre de la suerte
Los bárbaros rigores,
Y olvida los amores
Que fueran su existir;
Que triste y afligido,
No encuentra ya en el mundo,
Sino un dolor profundo
Que le hace ya gemir.

Do quier que va le sigue,
Causándole tormento,
Aquel remordimiento
Que acosa al criminal;
Y aunque del pecho anhela
Lanzar, pues le desgarrá,
Muy mas aquel se agarra
Con fuerza sin igual.

No ve en su amante ahora
Aquella muger bella,
Aquella blanca estrella
Que le embriagó de amor:
Que indiferente á todo
Se encuentra en su delirio,
Que absorbe su martirio
Ya todo y su dolor.

Y así pasan los dias,
Y un mes tras otro corre,

Sin que su mal se borre
Ni lléguese á calmar:
Que nunca de su alma
Aquel fatál tormento
Que dá el remordimiento,
Consigue desterrar.

Mas siempre cariñosa
Doña Ana está á su lado,
Solicito cuidado
Mostrándole y amor;
A todas horas dándole
Mil pruebas de ternura,
Por ver si su amargura
Mitiga y su dolor.

Y tantas le prodiga
Caricias ya sin tasa,
Y tanto el tiempo pasa,
Calmante del pesar,
Que á suceder empieza
A aquella pena impia,
Dulce melancolia,
Preludio del gozar.

¡Cómo quedar oculta
La rosa en su capullo
Del aura al grato arrullo,
Que halaga con pasion!
¡Cómo no abrir, rendida,
Al fin sus bellas hojas,
Frescas, puras y rojas,
Rompiendo su boton!

¡Cómo escuchar la tórtola,
Del triste compañero,
El canto lastimero
Que alza al verla sufrir!
¡Cómo mostrarse ingrata
A aquella pasion pura
Que calma su amargura,
Y un bien la hace sentir!....

¡Como la piedra viva
No verse hueca ó rota,
Si el agua gota á gota
La moja sin cesar!
¡Cómo no ir despojándose
De su dureza impia,
Si siente noche y dia
El agua á ella bajar!....

¡Cómo mostrarse esquivo
El infeliz amante,
Que escucha, á cada instante,
Palabras mil de amor!....
¡Cómo no abrir su pecho
A la feliz ternura,
Que calma su amargura
Y ahuyenta su dolor!....

Miguel no era insensible
A la pasion eterna
De aquella muger tierna
Que amaba, á su pesar.
Miró su amargo lloro

Y resistió constante;
Mas era hombre y amante;
Y al fin volvióla á amar.

Y huir miró del alma
Aquel atroz tormento,
Fatal remordimiento
Que padeció cruel;
Y halló, de Ana en los brazos,
Su dicha y alegría,
Y no vió de Maria
La sombra ya junto á él.

Y del amante fruto
De su pasión pasada,
A quien cuida su amada
Con indecible afán,
Contempla la hermosura
Que en alabar se afana,
Y halaga al de doña Ana,
Que juntos siempre están.

Si; juntos ambos niños
Se hallaban y crecían,
Cual convenido habían
Doña Ana y don Miguel;
Y aunque aborrece al uno
La Aguilar inclemente,
Finge un cariño ardiente
La pérfida ácia él.

Y agradecido al tierno
Afan que por él muestra,

Sin ver que oculta, diestra,
Así ella su rencor,
La estrecha entre sus brazos
El confiado amante,
Que la jura un constante
Y ardiente y fino amor.

Y así á pasar volvieron
Los días entre amores,
Sin penas ni dolores,
Jurando siempre amar;
Y así del mundo entero
Entrambos olvidados,
De amor embriagados,
Vivieron sin pesar.

Pero la astuta amante
Que tanto amor fingía,
Tan solo pretendía
Llegar esposa á ser;
Y comenzó á estar triste,
Sin encontrar contento,
Y lágrimas sin cuento
Y amargas á verter.

Al verla así abatida,
Tan llena de amargura,
La dijo con ternura
Y anhelo don Miguel,
¿Qué tienes, amor mio?.....
Habla, que no habrá cosa
Que yo te niegue, hermosa,